

—Cuando veas una rama en mitad del camino, no la toques, sino vuélvete atrás ó arrójala con el pie diciendo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Así puedes continuar en la seguridad de que nada puede ocurrirte. Esto me lo enseñaron los viejos.

—Qué necedad!—dijo Olenín.—Háblame de otra cosa, de Marianka, por ejemplo. Qué, está en relaciones íntimas con Lukachka?

—Pchst... cállate ahora!—le interrumpió el viejo en voz baja. —No hagas más que escuchar. Atravesamos el bosque y podríamos espantar la pieza,—y con el fusil en la mano marchó el primero por los estrechos senderos de la espesura.

Con gesto de indignación volvióse á mirar á Olenín que, con sus botas, hacía crugir la hojarasca, ó llevando mal el fusil golpeaba los árboles arrancándoles sendas ramas.

—Soldado, no hagas ruido, ve despacio,—exclamó en voz muy baja.

Comprendíase ya que el sol había salido; la niebla se disipaba, pero cubría aun la cima de los árboles, haciéndolos parecer de inaccesible altura. A cada paso el paisaje cambiaba; lo que de lejos parecía un gigante era solamente un arbusto, y la más débil caña semejaba un arbolazo.



## XIX

### En pleno bosque

DESAPARECÍA la niebla dejando impregnados de humedad los tejados de junco, transformándose en rocío que brillaba en el camino cubierto de hierba. El humo surgía de todas las chimeneas. Los vecinos abandonaban las viviendas reanudando su trabajo y dirigiéndose al río ó al cordón. Los cazadores caminaban alegres por las veredas cubiertas de césped y los perros movían la cola corriendo en todas direcciones para volver á acariciar á su amo. Los mosquitos extendíanse á millares cubriendo manos y cara de los caminantes, que percibían el exquisito aroma de la hierba y la humedad de que se llenaba el aire. Olenín volvía sin cesar hacia la carreta que guiaba Marianka, aguijoneando á los bueyes con su larga vara. El espacio aparecía sereno y la selva tranquila.

El ruido que antes se percibía en la *stanitza* ya no llegaba á los cazadores. Sólo el ladrido de los perros y el canto de los pájaros herían el espacio. Olenín sabía que entre la selva se ocultaban, á veces, los abreks en emboscada y que en aquel sitio para un viandante era el fusil su mejor compañía.

No tenía miedo, pero pensaba que otro en su lugar marcharía intranquilo; y escudriñando atentamente la selva húmeda y brumosa, escuchaba los ruidos más débiles, experimentando delicioso

placer cuando acariciaba su fusil querido. Precedíale Erochka que, deteniéndose en cada claro donde descubría rastro de fieras, observábalo con atención, retrocediendo después para mostrarlo á Olenín.

No hablaba casi, y sólo á largos intervalos hacía alguna objeción en voz baja. El sendero que seguían habría sido abierto hacía muchos años, pues la hierba había ya brotado en él nuevamente.

Los plátanos gigantes y los olmos crecían tan espesos por todas partes que nada era posible ver á través del follaje; casi todos los árboles estaban cubiertos en toda su altura de pámpanos salvajes, y arbustos espinosos nacían en abundancia á sus pies. Los claros del bosque, por pequeños que fueran, aparecían cubiertos de cañas y juncos con sus crestas grises en penacho. Por doquier se veía la ancha huella de los animales ó la ligera pisada de los faisanes que iba á perderse en la espesura. La potencia de aquella vegetación espléndida de la selva conmovía á cada paso á Olenín que jamás había contemplado otra semejante. El bosque solitario, el sentimiento del peligro, el viejo cosaco con su cuchicheo misterioso, la imagen de Marianka radiante de hermosura, contoneando su talle esbelto, la cadena de montañas... todo le producía á Olenín la impresión de un sueño.

—Un faisán!—murmuró el viejo, volviéndose y calándose el gorro hasta los ojos.—Ocúltate! Es un faisán!—Y deteniendo con un gesto á Olenín se deslizó rápido marchando á gatas.—No le gustan los hocicos del hombre.

Olenín estaba muy lejos cuando el viejo se detuvo á examinar el árbol. El faisán soltó un grito desde lo más alto de la copa contra el perro que le ladraba; entonces fué cuando Olenín percibió la pieza. Pero al mismo tiempo partió de la carabina de Erochka una enorme detonación como la de un cañonazo y el faisán, esforzándose para volar, cayó á tierra perdiendo en los aires gran parte de su hermoso plumaje. Al levantarse Olenín espantó á otro faisán que se elevó por el aire con la rapidez de una flecha. El alférez, empuñando su escopeta, apuntó y salió el tiro; el faisán cayó como una piedra sobre los matorrales, quedándose enganchado entre las ramas.

—Bravo!—gritó el viejo lleno de contento, pues él no sabía tirar al vuelo.

Cogieron los faisanes y continuaron la marcha.

Olenín, excitado por el movimiento y por el éxito, reanudó su charla con el anciano.

—Espera un momento; parémonos aquí—dijo éste.—Ayer vi por este sitio el rastro de un ciervo.

Volvieron al bosque y á unos trescientos pasos más allá encontraron un claro cubierto de cañaveral y con agua en algunos sitios.

Olenín siempre se quedaba atrás; Erochka llevábale veinticinco pasos, cuando se detuvo y agachándose, se puso á hacerle señas misteriosas. El joven le alcanzó y vió unas huellas que aquél le mostraba; eran de pies humanos.

—Ves?—le preguntó.

—Ya veo. Y qué?—dijo Olenín esforzándose en parecer tranquilo.—Son pisadas de hombre.

Involuntariamente acordóse en aquel momento de cuanto había oído sobre los abreks, y al ver la expresión misteriosa del viejo, preguntóse si sería provocada únicamente por el afán de la caza ó quizás por el peligro.

—No! Estos no son mis pasos,—observó el viejo con tranquilidad, mientras le enseñaba sobre la hierba el rastro apenas perceptible de una bestia.

El viejo continuó el camino y Olenín ya no quiso separarse de su acompañante.

Veinte pasos más allá bajaron una pendiente y se detuvieron junto á un peral ramoso, bajo el cual aparecía la tierra con color negruzco y ofrecía señales de haber sido la cama de un ciervo. Aquel lugar encantador, cubierto de vides salvajes, venía á formar un lecho de verdura, fresco y umbrío.

—Ha estado aquí esta mañana,—dijo el viejo suspirando;—la cama está caliente aun.

De pronto oyóse un violento crugido á diez pasos de allí. Extremeciéronse y aprestaron sus armas, pero nada vieron, llegando á ellos solamente el ruido de unas ramas al quebrarse. El rumor de un galope rápido y cadencioso resonó durante algunos momentos, perdiéndose después en lontananza y dejando lugar á un ruido sordo, que al parecer se esparcía por la profundidad del bosque. Olenín sentía oprimírsele el corazón. En vano escudriñó con la vista la espesura, hasta que por fin volviése hacia el cosaco.

El viejo Erochka permanecía inmóvil, con la carabina estrechamente apretada contra el pecho y el gorro echado sobre la nuca; brillaban sus ojos con fulgor extraordinario; su boca, entreabierta, dejaba traidoramente al descubierto su vieja dentadura amarilla; parecía petrificado.

—Era un ciervo!—exclamó arrojando á tierra su fusil y tirándose de la barba.—Estaba aquí! Debimos habernos aproximado

por la senda. Imbécil, imbécil!—repetía mesándose la barba cada vez con más violencia.

Algo extraño diríase que se cernía en la niebla por encima del bosque; el ruido del ciervo al escapar resonaba como el rugir de un trueno lejano, haciéndose cada vez más sordo, hasta perderse en lo profundo del bosque...

Comenzaba á oscurecer, cuando Olenín, hambriento, fatigado, pero satisfecho y de buen talante, volvió á su casa. La comida estaba preparada. Comió y bebió con el cosaco, y sintiéndose ya reanimado, fué á sentarse en las escaleras de la casa. Las montañas reaparecieron ante él en el horizonte; el viejo reanudó sus interminables relatos de cacerías y de abreks, de sus queridas y de sus hazañas de otros tiempos. Nuevamente Marianka comenzó á pasar y repasar por el corral, dibujándose sus formas vigorosas y virginales bajo el tosco lienzo de la camisa que las cubría.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XX

### Comunión de Olenín con la naturaleza

AL siguiente día, Olenín marchó solo, sin la compañía del cosaco, al sitio donde habían espantado el ciervo. En vez de salir por la puerta cochera saltó la empalizada, á imitación de los habitantes de la *stanítza*, y no había tenido tiempo de desengancharse la ropa sujeta en las espinas, cuando el perro levantó dos faisanes. Apenas penetró entre las acacias silvestres, comenzaron á levantar otros muchos más á su paso.—El viejo no le había enseñado aquel sitio, que reservaba para cazar con lazo.—Olenín mató cinco faisanes en doce tiros y persiguiéndolos por entre los matorrales empezó á notar que el sudor corría por todo su cuerpo. Llamó al perro, desmontó la carabina, atacó bien la carga de ésta, y rechazando los mosquitos con las amplias mangas de su caftán, dirigióse lentamente hacia el sitio en que había estado la vispera. Pero le fué imposible retener al perro y todavía hizo fuego sobre dos faisanes más. Era ya mediodía cuando se halló en el sitio que buscaba.

El día era claro, caluroso y tranquilo; el cielo aparecía sin nubes; habíase evaporado ya el rocío hasta en el bosque, y millares de mosquitos parábanse en la cara, el cuello y manos de Olenín. El perro, que era negro, parecía gris, de tal modo se hallaba cubierto por los cínifes. Estos picaban al joven á través de la ropa,

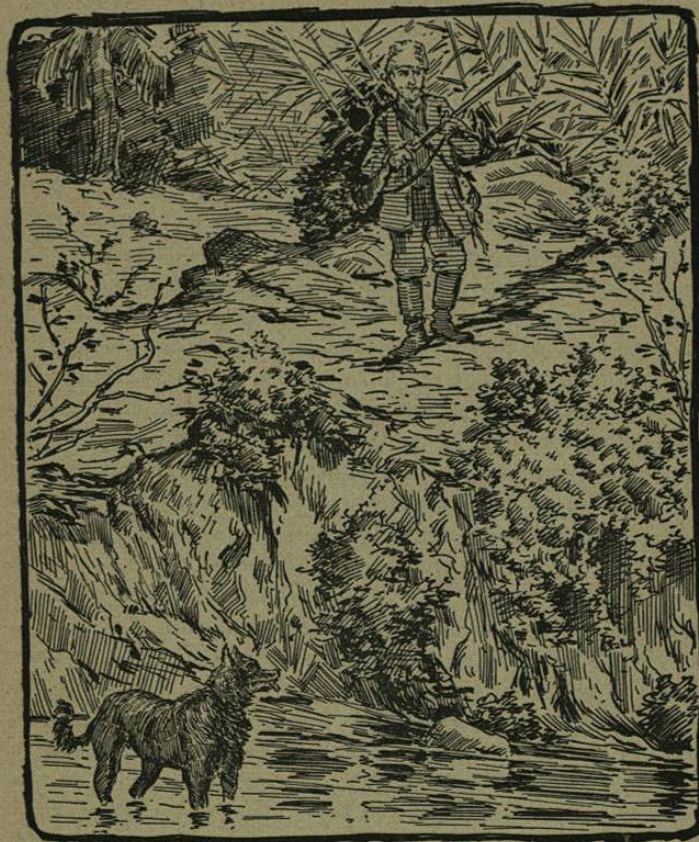
que también aparecía gris; no sabía cómo librarse de aquella plaga y decía que no sería posible vivir en verano en la *stanitza*. Ya se disponía á volverse, cuando diciéndose que otros, á pesar de todo, vivían allí, se decidió á revestirse de paciencia y á dejarse devorar. Y, cosa extraña! hacia el mediodía tal sensación le pareció casi agradable. Hasta le pareció que si no hubiera estado envuelto en aquella atmósfera zumbante, en aquella masa compacta de mosquitos que aplastaba con la mano al enjugarse el sudor del rostro y que le irritaban la piel, el bosque hubiera perdido su carácter salvaje y su atractivo. Aquellos miles de insectos armonizaban perfectamente con aquella potente vegetación, con aquella umbrosa verdura, con aquella multitud de pájaros y de toda suerte de animales que poblaban la selva, con aquel aire abrasador, con aquellos hilos de agua escapados del Terek y que surgían por doquier bajo el follaje, concluyendo así por hallar encanto en lo que le parecía antes inaguantable y horroroso. Recorrió el sitio en que estuvo el ciervo la víspera, y no encontrando allí nada, pensó en descansar. Los rayos del sol herían perpendicularmente los árboles y abrasábanle la espalda cuando tenía que cruzar algún claro. Los siete faisanes que pendían de su cinturón pesábanle de firme sobre las caderas. Halló la pista del ciervo; penetró en la espesura, bajo la maleza donde el animal había estado oculto y se acostó en su misma cama.

Miró la verdura que á su alrededor se esparcía y hallóse á su gusto. En nada pensaba, nada apetecía. De pronto sintióse invadido por inefable sensación de felicidad, de indecible amor á la creación entera, y cediendo á una costumbre de su infancia, hizo la señal de la cruz y sus labios murmuraron una oración. De pronto, con extraordinaria claridad, le acometieron toda clase de pensamientos, diciéndose á sí mismo: «Yo Dmitri Olenín, sér privilegiado entre los demás, descansando solo, Dios sabe dónde, en la cama de un ciervo, de un hermoso ciervo que jamás vió al hombre, y en un rincón del bosque en el que nadie penetró, en el que nadie soñó nunca...

»Estoy sentado entre árboles jóvenes ó añosos; uno de ellos cubierto enteramente por vid salvaje; los faisanes revolotean entorno mío, persiguiéndose, conociendo tal vez que acabo de matar á algunos de sus hermanos». Palpaba sus faisanes, examinándolos, y secaba la mano ensangrentada en los pliegues de su caftán.

«Los chacales inquietos, —proseguía— olfatean la sangre y vienen á rondar entorno mío; los mosquitos zumban sin cesar sobre mi cabeza y entre las hojas, que probablemente les parecerán islas

gigantescas; hay uno, dos, tres, cuatro, cien mil, millones y todos tienen su razón de existir y de zumbar y cada uno de ellos es un *po* distinto; un sér aparente, como yo, Dmitri Olenín». Y creía



comprender claramente lo que pensaban y decían los mosquitos con su prolongado rumoreo. — «Aquí, aquí, amigos! se puede picar á una víctima», murmuraban á su alrededor, cada vez con más bullicio. Así llegó á creer Olenín claramente que no era un personaje ruso, miembro de la sociedad de Moscova, amigo y pariente de éste y del otro, sino tan sólo un sér viviente, un mosquito, un ciervo, un faisán, uno de aquellos que le rodeaban y á quienes

perseguía. «Cómo ellos, —y dice bien Erochka— cómo ellos viviré y moriré; después la hierba crecerá sobre mi tumba.

»Y qué significa eso: la hierba crecerá sobre mi tumba?... Sin embargo, hay que vivir feliz, y yo no deseo otra cosa. Para ello, qué importa que sea yo un animal cualquiera destinado á morir ó un hombre inteligente en el cual se encierra una parte de la divinidad? Hay que vivir lo mejor posible. Qué se necesita para ser feliz, y por qué no lo he sido antes?» Y comenzó á recordar su vida pasada y á horrorizarse de ella. Se vió egoísta, exigente en el mayor grado, mientras que en el fondo de nada tenía necesidad. Dirigió los ojos á su alrededor; por entre el follaje que dejaba pasar los rayos del sol vió un trozo de cielo azul y sintióse inconscientemente dichoso. «Por qué soy feliz en este momento y por qué he vivido hasta aquí?—pensó.—Qué exigente he sido! Buscaba lo imposible y no encontré sino vergüenza y pesar. Y, sin embargo, no hay cosa más fácil que ser feliz». Súbita luz se hizo en su cerebro y añadió: «La dicha, la felicidad consiste en vivir para los demás, está bien claro. El hombre aspira á la dicha; éste, pues, es un deseo legítimo. Si trata de alcanzarla con fines egoístas buscando la opulencia, la gloria, el amor, puede ser que no la alcance nunca; sus deseos permanecerán sin satisfacer. Lo ilegítimo, pues, son las aspiraciones del egoísmo y no el ansia de ser feliz. Cuáles serán los ensueños permitidos que puedan realizarse sin tomar en cuenta las condiciones exteriores? El amor y la abnegación». Quedó tan contento y conmovido por el descubrimiento de aquella supuesta verdad nueva, que se levantó, buscando con impaciencia á quien amar, á quien hacer bien, á quien consagrarse. «Para mí nada necesito, por qué no vivir para los demás?» se dijo.

Y recogiendo su carabina, dejó la espesura con intención de volver á la *stanitza* y de reflexionar detenidamente sobre la manera de hacer el bien. Al llegar á un claro miró hacia atrás; el sol habíase ocultado ya tras de los árboles, el ambiente era fresco, el paisaje le pareció distinto. Habían cambiado de aspecto el cielo y la selva, negras nubes oscurecían el horizonte, el viento sacudía los árboles con fuerza no viéndose por tierra sino hojarasca. Olenín llamó á su perro, que corría siguiendo los rastros que hallaba, y su voz resonó triste en la soledad. Tuvo miedo. Los abreks y las muertes de que se hablaba, acudieronle á la imaginación; esperaba ver surgir un thetchenze detrás de cada arbusto y tener que combatir para salvar su existencia. Pensó en Dios y en la vida futura como hacía muchísimo tiempo que no pensaba. Todo aparecía salvaje, solitario, lúgubre, á su alrededor. «Bien vale la pena

de pensar uno á veces en sí mismo, cuando de un momento á otro puede morir sin que nadie lo sepa y sin haber realizado nada bueno», pensó. Y tomó después un camino que creyó el de la *stanitza*. Habíase olvidado de la caza; estaba rendido y dirigía miradas recelosas hacia cada matorral, hacia cada árbol, esperando encontrar la muerte á cada paso. Así erró mucho tiempo sin saber por dónde iba, llegó á un canal por el que corría agua no muy limpia, y decidióse á seguir su curso sin saber á dónde le conduciría. El cañaverol crugió de improviso tras él, estremeciéndose y aprestó el arma, sintiéndose avergonzado al ver que era su perro que jadeante se había lanzado al canal para beber agua fresca.

Olenín apaciguó igualmente su sed y siguió al perro, persuadido de que éste tomaría la dirección conveniente. A pesar de ir con tan fiel compañero, los parajes que cruzaba le parecían cada vez más siniestros. El bosque se hacía más sombrío; el viento mugía más furioso por entre los árboles añosos; veía aves de gran tamaño que se cernían silbando sobre su cabeza; la vegetación iba siendo más escasa y más frecuentes los cañaverales, viéndose mayor número de claros arenosos donde aparecían huellas de bestias salvajes. Cierta rumor monótono y triste mezclábase á los silbidos del viento. Olenín caminaba meditabundo y triste. Contó sus faisanes y halló que le faltaba uno cuya cabeza ensangrentada había quedado sujeta en el cinturón. El terror se apoderó de él, tuvo miedo y comenzó á rezar. Temía, sobre todo, morir sin haber hecho nada bueno; deseaba ardientemente vivir. Y vivir para realizar algún gran acto de abnegación.



## XXI

### El hermano del muerto

DE repente, un rayo de luz iluminó su espíritu. Oyó hablar en ruso, y el rápido y cadencioso rumor del Terek. Al cabo de algunos momentos pudo ver delante de sí las turbias y rápidas aguas del río, con sus onduladas orillas y sus bajos, la lejana estepa y la cadena montuosa, y hacia la parte de acá, la atalaya del cordón y el ensillado caballo que tranquilamente pacía entre los espinos. El sol, cual enrojecido globo de fuego, destacábase entre las nubes iluminando con sus últimos rayos el río, los cañaverales, la atalaya y los cosacos que estaban reunidos en pequeños grupos y entre los que Lukachka, con su altiva arrogancia, atrajo involuntariamente la atención de Olenín.

Sin causa justificada, sin saber por qué, Olenín se sintió de nuevo íntimamente dichoso.

Había llegado á un puesto de vigilancia sobre el Terek, situado frente á un pueblecillo pacífico. Saludó á los cosacos, pero no hallando allí pretexto ó motivo para hacer algún bien, entró en la atalaya. En la cabaña tampoco se le presentó ocasión de cumplir su caballeresco propósito. Los cosacos le acogieron friamente. Se sentó donde pudo y encendió un cigarro. Los que allí estaban no fijaron su atención en Olenín; primero, porque fumaba; después, porque otra cosa les preocupaba. Un emisario de los thetchenzenes

enemigos acababa de llegar, con los parientes del abrek asesinado, con objeto de rescatar el cuerpo, y se esperaba entonces al jefe de los cosacos. El hermano de la víctima, de elevada estatura, bien proporcionado, con la barba teñida de rojo, á pesar de su indumentaria estropeada, tenía el majestuoso y tranquilo aspecto de un rey; asemejábase mucho al abrek difunto. No se dignaba mirar á nadie, ni aun dirigía los ojos al cadáver; oculto en la sombra fumando su pipa, únicamente de tiempo en tiempo, con voz imperiosa y gutural daba órdenes á su compañero.

Evidentemente era un montañés que varias veces y en condiciones diversas habría tenido encuentros con los rusos, por lo que naturalmente se encontraba allí muy despreocupado. Olenín se aproximó al cadáver y púsose á examinarlo, pero el hermano, mirando calmosa y despreciativamente á Olenín, dirigióle con brusquedad frases imperiosas. Un soldado se apresuró á cubrir el rostro del cadáver. Olenín asombrado de su majestad y de la severa expresión de su rostro, quiso hablarle, pedirle explicaciones, pero el thetchenze apenas le miró, haciendo un gesto despreciativo. El alférez atribuyó esta manera de ser á la ignorancia de la lengua moscovita ó á la estupidez del thetchenze y se dirigió á su compañero. Este era á la vez emisario é intérprete, llevaba también sus vestidos destrozados, más oscuro que rojo, muy despierto, de dientes blanquísimos y ojos negros y brillantes; éste entró voluntariamente en conversación con Olenín, pidiéndole un pitillo.

—Eran cinco hermanos,—dijo en un detestable ruso,—el tercero es éste y lo han muerto los cosacos. No quedan más que dos. Este es un valiente,—dijo designando al thetchenze.—Cuando Almet-khan, así se llamaba el difunto, fué muerto, éste se estaba en la orilla opuesta oculto entre los matorrales, viendo colocar el cadáver en la barca y sacarlo á la orilla. En su escondite permaneció hasta la noche, quería matar al viejo, pero se lo impidieron los compañeros.

Luka se aproximó á los interlocutores y se sentó junto á ellos.

—De que aldea es?—interrogó.

—Ves estas montañas,—dijo el emisario señalándole hacia las lejanías azuladas por la bruma, del lado del Terek.—Conoces Sunk-Su? Diez *verstas* más allá.

—En Sunk-Su, conoces á Guirei-Khan?—preguntó Luka con muestras visibles de estar envanecido por este conocimiento—es amigo mío.

—Es mi vecino,—contestó el montañés.

—Un valiente!—y Luka se puso á hablar en tártaro con el intérprete.

Poco después el jefe de la *sotnia* llegó acompañado por dos cosacos. Era un oficial joven. Saludó á los presentes, pero nadie le respondió, según costumbre de los soldados. «Salud!» dijo. Algunos ni le miraron. Otros, y entre ellos Luka, se levantaron y cuadraron. El *uriadnik* dió el parte manifestando no haber novedad en el puesto. Todo esto pareció ridículo á Olenín; los cosacos le hacían el efecto de estar jugando á los soldados. Bien pronto, sin embargo, toda etiqueta desapareció y el jefe púsose á hablar vivamente en tártaro con el intérprete. Sobre un papel escribieron algo, que guardó éste, con un poco de dinero, y se aproximaron al cadáver.

—Quién de vosotros es Luka Gravilow?—preguntó el oficial. Luka se aproximó descubriéndose.

—He dado parte al jefe del regimiento y pedido para tí la cruz. Eres demasiado joven todavía para que puedas ascender. Sabes leer y escribir?

—No.

—Está bien,—dijo el jefe—ponte la gorra. De qué familia eres?

—De los Gravilow-Cherok.

—Es mi sobrino,—añadió el corneta.

—Ya lo sé. Bien. Id á ayudarles,—dijo á los cosacos.

Luka, lleno de alegría y expresando en su rostro el júbilo que le embargaba, fué á sentarse cerca de Olenín.

Cuando el cadáver estuvo colocado en la barca, el thetchenze hermano del difunto se acercó á la orilla. Involuntariamente, los cosacos se retiraron para dejarle libre el paso.

Golpeando con furia la tierra se lanzó á la barca. En este momento, Olenín bien lo observó, dirigió una mirada rápida á los cosacos y bruscamente preguntó algo á su compañero. Este le respondió designando á Luka. El thetchenze le miró; después, volviéndose lentamente, examinó la otra orilla. En su mirada no había expresión de odio, sino un frío desprecio. Todavía pronunció algunas palabras más.

—Qué ha dicho?—preguntó Olenín al intérprete.

—«Nos batis, nos quebrantáis, la historia de siempre!»—dijo el emisario con cierto retintín. Riendo y mostrando su blanca dentadura saltó también á la lancha.

El hermano del muerto estaba inmóvil y miraba fijamente la orilla opuesta. Sentía tanto desdén y desprecio que todo aquello no le inspiraba la menor curiosidad. El emisario estaba en la

proa, echando los remos ahora á un lado ahora á otro, dirigiendo muy hábilmente la frágil embarcación y hablando sin cesar.

La barca surcaba rápida la corriente del río, las voces ya apenas se oían, y á la vista de los cosacos arribaron á la otra ribera donde los caballos esperaban. Sacaron del bote el cadáver y sobre uno de los caballos lo pusieron atravesado. El caballo se encabritó bajo tan extraño jinete. Después montaron á caballo, y al paso cruzaron la aldehuela, por entre multitud de personas que habían acudido á verles.

Los cosacos se mostraban alegres y bulliciosos. Por todos lados se oían sus risas y cantos. El oficial y el jefe de la *sotnia* entraron en la cabaña á comer y beber. Luka con el rostro animado y esforzándose inútilmente por aparentar seriedad, continuaba sentado, con los codos apoyados en las rodillas, descortezando una varita.

—Fumáis?—dijo á Olenín con cierta curiosidad.—Eso es bueno?

Se dirigió á éste porque vió que Olenín se hallaba algo cohibido entre los cosacos.

—Es mi costumbre,—contestó el interpelado.

—Hum! Si alguno de nosotros fumase, desgraciado de él. He allí las montañas, no están lejos,—dijo Luka señalándolas.—En verdad que parecen estar muy cerca, pero las separan de nosotros algunas leguas. Cómo volveréis solo á casa si está tan oscuro? Si queréis, pedidle permiso al *uriadnik* y yo os acompañaré.

—Excelente muchacho!—murmuró Olenín mirando el alegre rostro del cosaco. Se acordó de Marianka y del beso oído junto á la puerta del corral, condoliéndose de la inocencia de Luka.

«Qué loca confusión!—pensó.—Un hombre asesina á otro y se siente tan satisfecho como si hubiese ejecutado la más bella acción. Es posible que nadie le haya hecho comprender hasta ahora que no debemos regocijarnos del asesinato, sino del sacrificio?»

—Bien! Ahora te recomiendo que no te pongas á su alcance,—dijo á Luka uno de los cosacos que acompañaron al thetchenze á la barca.—Oíste sus últimas palabras?

Luka levantó la cabeza.

—El ahijado?—contestó designando con esta palabra al muerto.

—El ahijado no se levantará más; es al hermano al que me refiero.

—Que agradezca á Dios estar él mismo sano y salvo,—dijo Luka riéndose.

—De qué proviene tu contento?—preguntóle Olenín—te alegrarías si hubieran matado á tu hermano?

El cosaco contemplóle sonriendo. Pareció haber comprendido todo lo que Olenín quería decirle, pero dió también á entender que estaba libre de preocupaciones, diciendo:

—Y qué? Es que no asesinan también á los nuestros?



## XXII

### Lukachka y Olenín se hacen amigos

EL jefe de la *sotnia* y el de los cosacos partieron, y Olenín, por dar gusto á Luka y por no atravesar la selva oscura y solitaria pidió permiso al *uriadnik* para llevarse á aquél. Obtenida la autorización pensó que Luka se alegraría de ver á Marianka y él mismo se regocijaba de ir acompañado por un cosaco tan comunicativo y alegre. Llevando en la imaginación á la joven y á Luka pensaba con deleite en ellos. «Está enamorado de Marianka y yo también podría estarlo», decía. Y un sentimiento desconocido de ternura se apoderó repentinamente de su sér mientras se encaminaban á la casa atravesando la oscura selva. Luka también sentía inundarse su alma de gozo. Algo parecido al amor palpitaba en estos jóvenes tan diferentes. Cada vez que cruzaban sus miradas se sentían alegres.

—Por qué puerta entras?—preguntó Olenín.

—Por la puerta del medio, pero yo os conduciré hasta el estanque, allá abajo, y ya no tendréis nada que temer.

Olenín sonrió.

—Acaso tengo miedo? Vete y gracias. Ya llegaré solo.

—Eso no. Y qué? Cómo no tener miedo? Si nosotros mismos